



A los pies de la Virgen de Araceli



Perdónanos si, egoistas, solo recurrimos a Tí como asidero salvador. Pero es que cuando nuestros problemas no acertamos a resolverlos y nos abruma, anonada y ahoga, nos convertimos en débiles criaturas indefensas, necesitadas de refugio en el regazo materno, ávidos de seguridad y protección. Ciertamente que pronto lo olvidamos y caemos, cien veces mas, en la misma ingratitud, abusando de un amor que sabemos inagotable.

Somos así de inconscientes. Solo que Tú, siempre comprensiva, sabes perdonar y calmar con tu sonrisa, con Tu presencia, nuestras angustias. Como ahora, cuando volvemos a Tí, agotados y hundidos, heridos de infinita triste-

za, enfermos de la mas absoluta soledad. Porque ocurre, Madre, que en este mundo tan superpoblado donde el hombre corre, históricamente, movido por innúmeros afanes, muchos de ellos inconfesables; cuando nos sentimos rodeados de muchedumbre hasta extremos asfixiantes; cuando por todos sitios, en todo lugar, encontramos gente; cuando el ruido, las voces, las imágenes, nos descubren que no somos únicos..., entonces, paradójicamente, nos sentimos solos, inevitable y fatalmente solos.

Parece como si estuviéramos recubiertos de invisible caparazón que impide comunicarnos, derramarnos sobre los demás, fundirnos en un todo compacto; es como si se

hubiera depositado sobre nuestro ser una impalpable película que nos insensibiliza para percibir el pulso, el latir agitado de otras vidas. El lenguaje, ese don maravilloso para expresar y conocer el amor, la amistad, las ideas, los mas hondos y bellos sentimientos, lo hemos transformado en instrumento para el engaño, el disimulo y la hipocresía. Y es que nos hemos convertido en autómatas que solo se mueven a impulsos o excitaciones de egoísmos, de apetencias de la mas baja categoría moral, sin emoción ni calor humanos. Pero, sobre todo, hemos perdido la capacidad de saber renunciar, de dar con sinceridad la mano, de ayudar, de compartir, de convivir en suma, sin luchas competitivas, sustituyendo la cobarde zancadilla, la burda ambición y las palabras hirientes, difamadoras, corrosivas, por el abrazo.

Nos sentimos solos, angustiados y desesperadamente solos. Tal vez porque hemos obrado como si, efectivamente, el mundo girara con exclusividad para nosotros; quizá porque nada nos ha importado la existencia de quienes se mueven en nuestro entorno o porque, si acaso, hemos visto en los demás simples y borrosas figuras del paisaje que nos rodea, cuando no me-

dios a utilizar para nuestros propósitos o enemigos a quienes es necesario y urgente vencer y destruir.

Y de repente, en los momentos en que por alguna causa desconocida o imprevista, por un fallo del actuar mecánico en que hemos convertido la aventura de vivir, nos vemos obligados, penosamente, a realizar un leve análisis de nuestra trayectoria, una breve valoración de nuestras acciones, nos encontramos con que estamos vacíos, solitarios, caminando inutilmente en círculo sin destino, envueltos por una multitud fantasmagórica y evanescente, tan ajena y lejana a nuestra vida, como nuestra vida es lejana y ajena a las suyas. Entonces, cuando comprendemos esto, Madre, no podemos evitar un estremecimiento, un tembloroso pánico al sabernos sumidos en una soledad densa y sin límites, entre el bullicio de un mundo cada vez mas ruidoso y lleno.

Este es el instante en que llegamos a Ti, huyendo de esa soledad interior que nos aterra, para buscar en Tu cálida presencia maternal, la presencia de otros seres fugitivos, también, de sus propias vidas solitarias y frías para tratar de romper, un poco, el hielo que nos envuelve y aísla.

Miguel Molina